



[home](#) [portada](#) [índice](#) [números anteriores](#) [contacta con nosotros](#)
 N°9 Junio de 2006
 Sección: Solidaridad

http://www.formacionsinbarreras.com/afondo/design_nueva/seccion-10-6-solidaridad.html

Emilio Martínez, profesor de Filosofía Moral y director de la Escuela de Ciudadanía

“Somos ciudadanos de sofá y mando a distancia”

La Escuela de Ciudadanía busca fomentar el sentido crítico y la participación de los ciudadanos

Ana Rodríguez

Recurriendo al refranero popular Emilio Martínez, profesor de Filosofía Moral y director de la Escuela de Ciudadanía, advierte que los ciudadanos sólo se acuerdan de Santa Bárbara cuando truenan o lo que es lo mismo: “El ciudadano sólo es consciente de que está abandonando su parte de responsabilidad en la vida pública cuando algún abuso le afecta a él mismo”. Para el profesor es evidente lo que necesita nuestra sociedad: “Ciudadanos que se asocien activamente y participen”.



¿La Escuela de Ciudadanía nace de una demanda de la sociedad o de una carencia detectada en la misma?

Bueno, seguramente pesa más la segunda razón que apuntan ustedes. Hay síntomas muy preocupantes de que falta formación y sobre todo faltan compromisos prácticos. Sólo nos acordamos de Santa Bárbara cuando truenan, sólo practicamos algo de compromiso cívico de tarde en tarde, con motivo de alguna catástrofe mal gestionada o de algún escándalo que nos hace salir a la calle en manifestación. El resto del tiempo nos retiramos a nuestros asuntos privados, cada uno en su casa y la tele en la de todos. Somos ciudadanos de sofá y mando a distancia. Delegamos en nuestros representantes políticos todo lo que tenga que ver con los asuntos comunes. Lamentablemente, la mayoría de la gente, en sociedades liberales como la nuestra, vivimos en una especie de “letargo ciudadano”.

¿No sería hora de que un número creciente y significativo de personas de nuestra sociedad participase de un modo activo en la gestión de las cosas que son de todos? Da la sensación de que la mentalidad más generalizada es que lo que es de todos, no es de nadie, y nadie lo cuida. Y si alguien se toma la molestia de cuidarlo, los demás le consideramos un loco o un ingenuo. Como aquella funcionaria que afeaba la conducta de una compañera porque se estaba llevando a su casa material del hospital

público en el que ambas trabajaban: esta última le replica a la primera: “¿Qué pasa? ¿Te crees que vas a heredar el hospital? Serás tonta si no te llevas tú también lo que te haga falta”. Creo que, desgraciadamente, hay todavía muchas personas en nuestro país que no sólo callarían al ver la conducta poco cívica de esa funcionaria, sino que verían como una estupidez la actitud crítica de la compañera que se atrevió a criticar el hecho en cuestión. Porque, como decía anteriormente, la idea que tenemos de lo público es raquítica.

¿Qué tipo de ciudadanos necesita la sociedad actual?

Creo que la sociedad actual necesita ciudadanos que se asocien activamente en las mil y una asociaciones que existen y que desde ahí se preocupen de que funcionen cada vez mejor las instituciones que hemos creado. La escuela no funciona si no hay padres y alumnos que reclamen y participen eficazmente en que mejore el sistema educativo. La sanidad no funciona si no hay usuarios que se informen, que exijan y que colaboren a que el sistema sanitario sea de más calidad. La seguridad ciudadana no funciona si no cuidamos del buen funcionamiento de nuestro sistema jurídico (lo que llamamos “Estado de Derecho”).

En resumen: La democracia no funciona si no hay demócratas, el país no funciona si sus ciudadanos no lo hacen funcionar. Necesitamos ciudadanos que ejerzan como tales, en lugar de delegar todo en unos pocos y quedarnos en el sofá o en la grada del estadio. Algunos dirán que la sociedad actual no necesita ciudadanos participativos, sino expertos en gestión de instituciones cada vez más complejas. Pero esa opinión es engañosa, porque nadie puede ni debe suplantar a los ciudadanos mismos en cuanto a los fines a perseguir: los técnicos y expertos deben asesorarnos sobre los medios más adecuados, pero los fines son cosa nuestra, cosa de todos, cosa de los ciudadanos mismos, y no podemos dejarlos en manos de supuestos expertos. Si vamos dejando todas las decisiones que afectan a los ciudadanos en manos de expertos, al final seremos súbditos, siervos, e incluso esclavos, y dejaremos de ser ciudadanos.

¿Cree usted que tanto el propio ciudadano como los denominados poderes públicos son conscientes de esta realidad que acaba de describirnos?

En parte sí, y en parte no. El ciudadano medio sólo es consciente de que está abandonando su parte de responsabilidad en la vida pública cuando se da cuenta de algún abuso que le afecta a él mismo o a sus más allegados. Una minoría de ciudadanos sí es consciente de esos peligros de deterioro de lo público y de avance del tecnocratismo a que me he referido antes. Y los poderes públicos son ambiguos en este sentido: en líneas generales se preocupan de lo público, como es su obligación, pero lo hacen de manera que fomentan la apatía ciudadana.

Esto es así, en mi opinión, porque tenemos una serie de vicios adquiridos en todo lo que se refiere al funcionamiento de los partidos políticos. Se supone que esas organizaciones son, deben ser, los cauces para que los ciudadanos participen en el poder político. Y se supone que los partidos son, deben ser, los puentes que unen a la sociedad civil con el aparato del Estado, de manera que se busque el bien común. Pero en la práctica los partidos se han convertido en otra cosa. Son camarillas de

“expertos” y de “gestores” que buscan el poder para sí mismos, y les importa poco que aumente el compromiso ciudadano de la gente corriente, salvo que ese compromiso les beneficie de cara a las siguientes elecciones. En muchos casos, a los dirigentes de los partidos políticos les parece un estorbo la participación ciudadana. Prefieren que la gente se quede en casa y les dejen hacer y deshacer a ellos. Y sólo se acuerdan del ciudadano para pedirle el voto cada cuatro años. Todo esto es lamentable, pero la solución no es esperar a que cambien los dirigentes de los partidos. La solución es que los ciudadanos nos pongamos las pilas y reclamemos el protagonismo que nos corresponde. Y para eso se necesita formación. Para eso son necesarias las escuelas de ciudadanía.

Desde su punto de vista, ¿están vigentes de forma real en la sociedad actual valores como la justicia social o la solidaridad?

Creo que esos valores suben y bajan, como en la Bolsa, pero en el sentido de que hay ciertos periodos históricos y ciertos lugares en los que la justicia y la solidaridad están más realizados, y hay otros lugares y momentos en los que están menos realizados. Por ejemplo, cuando no se había extendido la asistencia sanitaria ni la educación a toda la población, nuestra sociedad era más injusta y menos solidaria. Hoy hemos avanzado en esos aspectos, pero nos queda mucho por hacer en cuanto a solidaridad con discapacitados y en cuanto a agilidad y eficiencia del sistema judicial, por ejemplo, y por eso no debemos dormimos en los laureles, sino reclamar y trabajar porque se avance en esos campos y que no se retroceda en los que ya hemos avanzado.

Concretemos en un sector de la población: la juventud española, los futuros ciudadanos ¿en qué perfil moral se mueven?

Yo no soy un sociólogo experto en estudios sobre los jóvenes, pero mi opinión como profesor universitario que está en contacto cotidiano con jóvenes españoles es que tenemos un sector importante, y creciente, de jóvenes interesados en participar en lo público: no tanto en los partidos políticos, que están muy desprestigiados, sino en las organizaciones de la sociedad civil: voluntariado social, organizaciones de ayuda al desarrollo, voluntariado medioambiental, etc. Lamentablemente, una parte importante de la juventud se nos va hacia el escapismo del consumo y la búsqueda de diversión, pero esa actitud puede cambiar. Un joven que hoy sólo busca consumo y diversión, mañana puede descubrir que ha estado muy equivocado en las prioridades de su vida, y lo bueno es que le queda mucho tiempo por delante para vivir otros valores.

En España, el boom de la inmigración que actualmente vivimos está cambiando el paisaje ciudadano de una forma vertiginosa ¿estamos preparados?

Francamente no, no estamos preparados. Nuestra sociedad tiene sectores con muy poca cultura y muy poca madurez para encajar este fenómeno de una manera razonable. Le pondré un ejemplo: en una ferretería de una pequeña localidad murciana hablan dos paisanos españoles acerca de los inmigrantes. Uno le dice al otro: “Yo prefiero los ecuatorianos a los marroquíes, porque los ecuatorianos llegan y se preocupan de aprender español, y en poco tiempo te puedes entender con ellos;

en cambio los marroquíes no se toman el mismo interés y tardan años en aprender español”. El otro asiente con la cabeza y replica: “Sí, yo también prefiero a los ecuatorianos, que enseguida que llegan a España van a misa, mientras que los marroquíes no sé que pasa que no van”.

Bueno, como ustedes comprenderán, con semejante nivel cultural y conocimiento del otro, vamos mal. No puede haber respeto mutuo si no hay conocimiento mutuo. Y no hay conocimiento mutuo si no hay acercamiento e interés por conocer la cultura del otro, del diferente. El desconocimiento genera miedos y recelos, y a la larga pasa factura en forma de enfrentamientos y violencias. Por ello es importante elevar el nivel de formación ciudadana. Por eso es necesario que existan escuelas de ciudadanía. Cuanto más formación y compromiso cívico tengamos, mejor preparados estaremos para afrontar el futuro.

Un futuro que necesariamente va a ser de convivencia en un amplio pluralismo, no sólo ideológico y religioso, sino también de grupos culturales diversos que reclaman su propia identidad cultural. Pero claro, las gentes tienen que tener muy claro que “pluralismo” no es que todo vale. Por ejemplo, el aceptar el pluralismo puede suponer que la gente se vista como quiera, pero no puede suponer que haya impunidad para maltratar a la esposa o para no mandar a los hijos al colegio. Hay unos mínimos éticos que comparte la mayor parte de la población en las sociedades liberales y según esos mínimos no es aceptable maltratar a nadie ni quitarle oportunidades a nadie. Esto significa que tenemos y vamos a seguir teniendo tensiones con los inmigrantes que pretenden mantener ciertas costumbres que en nuestro país consideramos que atentan contra los Derechos Humanos. Esas tensiones no pueden resolverse con la aceptación de las prácticas dañinas, y en eso hemos de ser inflexibles. Pero en otras muchas cosas no dañinas hemos de ser receptivos y flexibles. Por ejemplo, si en un comedor escolar hay niños cuya religión les prohíbe comer carne de cerdo, no veo por qué no ha de haber un menú alternativo para ellos. Y lo mismo para vegetarianos u otros grupos. Hay muchas cosas que podemos aceptar, integrar, cambiar, sin que ello signifique ningún problema especial. Pero ya digo que todo eso se gestiona mejor si elevamos la cultura ciudadana de nuestras gentes.

Para más información:

<http://www.escueladeciudadania.org/>